

Juan María Parent Jacquemin

Muerte y eutanasia

repositorio.lasalle.mx/handle/lasalle

No. 26, 1998, Oct, pp. 83-99

Vera humanitas. Revista de la Dirección de Humanidades

ISSN

DOI

ISSN

Handle
repositorio.lasalle.mx/handle/lasalle

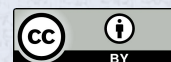
ENLACES

repositorio.lasalle.mx/handle/lasalle

ORCID:

Licencia de Atribución Creative Commons 4.0

CC BY 4.0



Este documento se puede descargar y compartir con otras personas, siempre que se reconozca su autoría.

Muerte y eutanasia

Juan María Parent Jacquemin

"Death is a mystery, not a problem, because it involves the human being that acts with liberty, that is to say, he determines the significance of what he does. It is such a mystery that human life would lose part of its weight and plenitude if we were to consider it without the death factor"

**"Cristo nos ilumina con las
luces de la fe; requiere
que alguien anuncie su
palabra".**

De acuerdo con los planteamientos hechos por la fenomenología y posteriormente por el existencialismo francés, la muerte es un misterio no un problema porque implica al ser humano que actúa con libertad, es decir determina en cada momento la significación de lo que hace. Es un misterio tal que la vida humana pierde parte de su peso y de su plenitud si tratáramos de considerarla sin el factor muerte. Existe en algunos la ilusión de un vivir que no implicara la muerte, este vivir ilusorio es el que pierde dimensión cuando se le añade la muerte como constitutivo intrínseco. Se es menos, se vive menos intensamente si no se incluye la muerte en nuestro proyecto existencial.

La muerte tampoco es solamente una idea que ocupa mi mente. Si fuera idea podría suprimirla, pero esto es imposible para quienes vivimos conscientemente. La muerte está incrustada en mi ser: estoy seguro, contra todas las oscuridades de mi futuro que es impredecible, estoy seguro que voy a morir. Es ésta la única seguridad absoluta dentro de mi porvenir.

Algunos entre nosotros piensan la muerte como el fin de las actividades funcionales del cuerpo y su desintegración. Esta consideración, que abarca sólo una parte del misterio, falsea la radicalidad de esta seguridad existencial: debo morir. *"El hombre es el ser que posee su muerte: o sabe que no muere (el cristiano), o, sabiendo cómo y por qué morimos, tiene la capacidad de hacer de una fatalidad un acto. Si se hace poseso de su muerte, a tal grado que se orienta enteramente hacia la negación y la huída de la generosidad, su vida se desarticula, enloquece y pronto se degrada"*.¹ La muerte contemplada en la paz de la realización hace parte de nuestro desarrollo, da a nuestra vida un sentido, una orientación. Esta frase de Mounier *"hacer de una fatalidad un acto"* muestra el lugar de la libertad en el proceder del hombre. Gracias a ella, transformo lo determinado en un valor. La persona es una *"forma valor adscrita a todo individuo en cuanto es societario del género humano"*.² Mounier trata en varias ocasiones este tema mostrando que no hay determinismo absoluto para el hombre que, de las limitaciones, saca energía y provecho. Kant también decía que la persona es la libertad de ser

1 Mounier, Emmanuel "Les équivoques du pacifisme", p. 186

2 Séve Lucien. "Pour une critique de la raison bioéthique", p.82

razonable,³ es decir dar una razón a nuestra vida y también leemos: *"la persona no es una entidad metafísica (nota mía, ver a Max Scheler, origen de este pensamiento) fijada de la que bastaría con reconocerla sino una realidad históricamente dinámica de la que tenemos la responsabilidad"*.⁴

Heidegger y Sartre y otros existencialistas nos invitan a que cultivemos la conciencia de la muerte. Es un medio, afirman, para elevar nuestro sentido de la vida. En efecto, la contemplación o el simple conocimiento de la muerte da a la vida y a nuestra vida específicamente el sentido de urgencia que no captamos de otro modo. Urgencia que se hace cada día más apremiante a medida que pasa el tiempo de nuestra vida biológica. Viene a propósito la parábola evangélica: Dichosas las doncellas que tienen sus lámparas encendidas cuando llegue el novio. Los años se tornan cortos para abarcar todo lo que nuestra potencialidad nos ofrece. Heidegger afirma que la muerte permite al hombre descubrir su propia individualidad, pero Sartre no acepta esta opción porque ya la he descubierto, dice él, en sus enfrentamientos con la realidad. Sin embargo, la toma de conciencia de la individualidad, característica de la persona, se da con gran intensidad en el encuentro con la muerte en cuanto destino: es lo otro que tanto nos aporta para describirnos a nosotros mismos.

Escudriñar la muerte es escudriñar al hombre, ser que no es objeto siempre sujeto. Hacerlo objeto es cambiar sus características y si las ciencias positivas logran este objetivo es deformando a su objeto de estudio. La filosofía y las ciencias sociales o humanas o del espíritu no lo pueden hacer por lo que nos encontramos ante un tema en el que sólo penetraremos mediante la meditación. La muerte se contempla y se medita sobre ella; no es posible hacer de ella un objeto porque no existe sino como *el hombre que muere*.

Esta meditación empieza en cualquier momento de nuestra vida, de la primera toma de conciencia. El niño sabe de la muerte y no es prudente ni educativo ocultarle su propia muerte. La televisión ofrece la imagen vulgarizada de la muerte de los demás; es necesario dar el salto hacia la propia muerte para no caer en la enajenación y la ignorancia de la que me es propio. Es Proust quien afirmaba que

³ Kant Emmanuel. "Métaphysique des mœurs", citado por Lucien Séve. Op., Cit., p. 26

⁴ Lucien Séve. Op. Cit., p. 89.

al encontrar nuestra voz, estamos cerca de la muerte. Nuestra voz, la manifestación de conciencia. Al estar cerca de nosotros en lo más íntimo es cuando nos acercamos a nuestra muerte como hecho existencial de la mayor importancia. La muerte es vida si es vivida con conciencia, si hay vivencia de este momento crucial del encuentro consigo mismo. Paul Ricoeur en conversación con Gabriel Marcel dice: "Ud. escribió en alguna parte que la muerte es *la prueba de la presencia*, y también *el trampolín de experiencia absoluta* (...) y sigue la respuesta: es ahí donde nos

entramos en el mismo corazón de nuestro destino y de nuestro misterio.⁵ La muerte es el extremo de la soledad y de la impotencia física, la soledad es el medio propicio para la libertad como inversamente la libertad es productora de soledad. Hay una elección que aún debe hacerse: la asunción de la propia muerte; puedo querer morir, aún sin añadir ninguna acción mía para acelerarla o producirla artificialmente (rechazo explícitamente el suicidio, sin juzgar a los suicidas), y libremente asumir este paso que para nuestra corporalidad es imperativo, pero en nuestra mente puede ser asido.



La actitud individual constructora del acto de morir y que puede sostenerse ante la muerte es la esperanza como acción libre, porque tan poco es posible limitarse a este encuentro accidental,

fortuito, impuesto conmigo mismo. Somos capaces de llenar de contenido este encuentro y son dos las facetas de esta vivencia: el encuentro y el descubrimiento del "todavía no" por realizarse. Ya algo se ha dado que es prenda de esto otro

⁵ Entretiens Paul Ricoeur-Gabriel Marcel, pp. 61-62

inalcanzable dentro de las dimensiones corporales; la muerte nos abre la puerta hacia ese “todavía no” anhelado. “*Lo visible se convierte en símbolo de una realidad mental a la que parece quedar adherido*”.⁶ Esta realidad es la trascendencia que nos es reservada. Nuestras potencialidades, descubiertas a través de los años de vida y a través de las realizaciones exitosas, nos indican que existe un más. Somos capaces de más. La muerte nos abre la puerta, como cuando el niño sale del cuerpo de su madre, se abre a la nueva dimensión de su existencia. Morir es abrir esta puerta y seguir viviendo con todas nuestras potencialidades ahora capaces de ser llenadas con los contenidos genuinos inalcanzables en las dimensiones espacio-temporales.

Por otra parte, como seres humanos con capacidad social, podemos enfrentar la muerte “*colectivamente y a través de la acción, su cara cambia: su proximidad parece intensificar nuestra vitalidad*”⁷. Es colectivo en cuanto formamos una comunidad en la que el único rasgo verdaderamente común es la muerte. Comunitariamente celebramos los mortuorios porque comunitariamente vivimos en la expectativa de ese momento.

Es vida también porque la muerte es un proceso indispensable para la evolución biológica. Participamos de este proceso cuando desaparecemos para dejar lugar a otros seres vivos. Nuestra muerte individual significa la inmortalidad del grupo o de la especie. Inmortalidad biológica relativa porque sabemos que

tampoco la especie tiene la inmortalidad como característica por ser contingente. Tal parece que la vida se nutre de la muerte continua de sus miembros individuales, pero permite la supervivencia social de algunos de ellos: los artistas que marcaron la cultura, los sabios que condujeron los pueblos siguen presentes.

“*El cerebro parece ser en el hombre el órgano de la muerte*”,⁸ afirma Scheler, porque todos los procesos vitales nuestros y de los animales, son sujetados a la actividad cerebral. Este dato nos coloca de nuevo ante el hecho humano de la muerte. Las funciones espirituales que tienen su sede física en el cerebro, según lo que nos enseñan los científicos de la mente humana, se encuentran más cerca de la muerte. La muerte se vive en

⁶ Marcel, Gabriel. “*En busca de la verdad y de la justicia*”, p.92

⁷ Arendt, Hannah. “*Sobre la violencia*”, p. 60-61

⁸ Scheler, Max. “*El puesto del hombre en el cosmos*”, p.78

el espíritu aún cuando se manifieste en el cuerpo.⁹ No tenemos sensación de la muerte, tenemos conocimiento de la muerte y emoción frente a ella. Todos sabemos que varias funciones fisiológicas siguen desarrollándose cuando la medicina declara la muerte del individuo. Cuando morimos realmente, es nuestro cerebro el que muere y muriendo nuestro cerebro muere plenamente nuestra fisiología aún si sigue dando señales equívocas. El espíritu que presenció y presidió el acto de morir es el que sobrevive al acontecer porque no requiere de este cerebro para ser. El cerebro ha sido un requisito para la operación del espíritu mientras estaba encarnado y vivía en el tiempo y en el espacio. Separado de estas condiciones, liberado de algún modo de ellas, puede seguir comunicándose de modo distinto, pero no hay comunicación entre vivos y muertos precisamente porque los modos de comunicación son distintos, adaptados a las condiciones propias de cada momento.

En la misma línea podemos leer a Sartre: *"Por lo tanto, me representa claramente, sin mucha alegría, la vejez que se anuncia y mi futura decrepitud, y la muerte de los que amo, mi muerte nunca"*.¹⁰ La separación total no es para angustiarse, la pérdida paulatina de la vida cerebral que es de relación, sí lo es. La muerte es este alejarse de lo otro y encontrarse consigo mismo. Es importante recalcar este último dato: la relación. La calidad de la vida humana se cifra en la relación, somos seres de relación. Adelantando la reflexión sobre eutanasia, subrayemos el concepto de calidad de vida es central ante la pregunta sobre la propia muerte. Asusta el pensar que vamos a perder las relaciones actuales pero la vida del espíritu se mantendrá en las mismas relaciones que volverán a darse y nuevas relaciones se establecerán porque la liberación del tiempo y del espacio nos lo permitirá.

9 Nota sobre el cuerpo. Apuntemos la calificación de forma-valor de Lucien Sève, citado supra, para definir el cuerpo ¿qué es o qué se tiene? Es aquí donde se sitúa el problema moral íntimamente ligado al planteamiento antropológico y a la vez origen de confusiones. Separar a la persona del ser humano es el camino para reducir esta dificultad. La persona es valor y de ahí nace la dignidad del cuerpo sin caer en su fetichización, exceso relativamente frecuente en nuestra civilización centrada en los valores vitales o biológicos. El cuerpo no es fuente de su propio valor y, por consiguiente, puede ser transformado o dado dentro de los límites en los cuales "tratar el cuerpo no es maltratar al hombre" (Lucien Sève. Op. Cit. p.96)

10 Sartre, Jean-Paul. *"Las palabras"*, p.123

La plenitud de esta vida interior es la que permite pasar sin mayores dificultades a un nuevo estado. Por eso también la muerte de los demás es la separación emocional en el más profundo sentido de la palabra (amor de querer, amor de voluntad), es una pérdida en la vida de mi cerebro; es una pérdida de relación para el que se queda; solamente es dolorosa para los que se quedan porque en la muerte el que muere se abre a nuevas relaciones y vuelve a encontrar a quienes había *"perdido"* antes.

Lo que cuenta entonces es la muerte de quienes amamos. El problema surge al plantearnos el conflicto entre el amor y la muerte. Un mundo sin amor ya es el preludio de la muerte biológica; ya es muerte emocional. Separarse de los que amamos o separarse del que amamos plantea una pregunta y anticipa una respuesta.

La desaparición del ser querido produce una conmoción más intensa, una angustia a veces, afirman muchos, que el propio *"tener yo que morir"*. Ante la propia muerte para todos los que no han vivido el proceso de acercamiento a este momento, puede darse cierta anestesia; el mismo debilitamiento de las fuerzas vitales permite el abandono a muerte en los últimos momentos; pero, ante la muerte del prójimo amado, no se da esta evasión. *"Has dicho la verdad; tus muertos no son nuestros muertos"*.¹¹ La evasión ante nuestra propia muerte es la postura común en nuestro medio (más en los países industrializados que en México por ejemplo, que aún guarda el sentido de la muerte), se huye delante de la muerte: la supresión del luto, la presencia de los profesionales del maquillaje de los muertos, el encarnizamiento terapéutico, la presencia también de los psicólogos especializados para *"prepararnos"* para la muerte, la marginación de los viejos, etc., todo este andamiaje social pretende reducir el miedo alejando la imagen y el recuerdo que produce nuestra muerte. Es un signo inequívoco de la superficialidad en la que nos movemos. La falta de vida interior, todo vertido hacia fuera: trabajo repetitivo, diversión, noticias, es la causa del molestar que produce la propia muerte.

¹¹ Egistro en Sartre, Jean-Paul. "Las moscas", acto II, escena III, p. 32

Existe en algunos casos la angustia de morir alimentada en este miedo que posee al que se deja llevar porque no tiene a que asirse. *"Este temor irracional a la muerte es el resultado del fracaso de no haber sabido vivir"*.¹² En otros términos, es sentir la culpa por no haber dado a nuestras potencialidades la oportunidad de realizarse. La idea de la muerte que invade a quienes no han sabido vivir es insoportable.

El amor debe ser perenne, sigo amando en mi muerte a los que me rodean y seguiré amándolos. Se anticipa así la fe en la supervivencia como continuación de la vida. Indudablemente que nos encontramos ante un fenómeno de difícil resolución que sólo anticipa la filosofía. El misterio del que hablábamos encuentra aquí una nueva formulación y sólo las Sabidurías que han surgido en la historia de la humanidad dan contestación a este planteamiento o esta aparente contradicción. Sin embargo, Gabriel Marcel, desde su perspectiva filosófica, afirma: *"Amar un ser, es decir: 'tú no morirás'"*.¹³ Todo la vida se desarrolla como en la penumbra del misterio y la muerte es un dato más de este misterio. La otra vida será una continuación de este movimiento en el que la luz remplazará la semioscuridad en la que nos encontramos ahora.

La muerte en su aspecto de destrucción debe ser vista en correlación con la libertad. Nos negamos la propia libertad cuando aceptamos que la muerte es el fin. La libertad, por lo contrario, se convierte en actitud positiva, en afirmación y en amor por lo que en ella la muerte es trascendida. No quiere decir que se aniquila la muerte sino que se le da sentido incrustándola en nuestro proyecto total.

Por eso decía Sartre: hay que morir a tiempo. Y ¿qué es morir a tiempo? Es poder separarse cuando las relaciones no son suficientes para mantener la calidad de ser humano. Este juicio sobre la calidad de las relaciones no nos pertenece, porque nunca seremos capaces de evaluar acertadamente si las relaciones son suficientemente vivas. Las relaciones implican a dos personas y nunca sabremos plenamente quienes son las segundas personas de nuestras relaciones. Muchas se refieren a nosotros sin que conozcamos esta referencia. Es muy difícil determinar este momento anhelado por Sartre. Es éste uno de los motivos por los cuales rechazamos el suicidio. El suicida se cree sin relación porque no es capaz de reconocer las existentes. Se cree solo o niega la presencia de los otros que lo aman.

¹² Fromm, Eric. *"Ética y psicoanálisis"*, p. 177

¹³ Troisfontaines, Roger. *"Je ne meurs pas"*, p. 54

Es también una razón para rechazar la pena capital: el que muere tiene a su alrededor personas que le aman. Se rompe en ambos casos una relación que es constitutiva de la vida personal y le da sentido. Para los creyentes, la aparente pérdida de las relaciones es la ocasión para pedir a su Dios o a sus ancestros que les proporcione la muerte cuando este momento haya llegado. Buda pedía, como un derecho espiritual, el ser liberado de una muerte temprana; pero no dice nada de la *"hora de la muerte"* puede ser atendida como una demanda cuando el dolor es excesivo. Séneca también observaba que el hombre sabio debe vivir tanto como debe, pero no tanto como puede.

La aportación de Sartre nos invita a considerar otras varias actitudes ante la muerte. *"La sumisión a la muerte por instinto, la negación de la muerte por egoísmo, el suicidio por despecho son regresiones o desviaciones en el crecimiento normal"*.¹⁴ Estas tres actitudes se oponen a la única propuesta por los existencialistas que es la vivencia: el acto existencial de la mayor trascendencia, acostumbraba afirmar Heidegger.



¹⁴ Ibidem, p.50

La expresión de este filósofo alemán, que ha hecho historia, dice el hombre es un ser “para” la muerte; en alemán Sein zum Tode. Sin embargo, la crítica que se ha levantado en contra de la frase manifiesta que esta visión es muy limitativa. El hombre no es un ser para la muerte en el sentido que ésta sea su objetivo, como punto final de un proceso o meta en una carrera. Los conocedores afirman que este matiz no está en la lengua original, por lo que merece ser tomada de nuevo y corregida. Gabriel Marcel hablaría más de un ser “hacia” la muerte, lo que indica más bien un sentido, sin limitar, es decir fijar límites, el movimiento con la muerte como salida cerrada. Es de saberse que la preocupación por la significación, es decir por el sentido como orientación, se encuentra al centro de la búsqueda fenomenológica. ¿Cuál es el sentido (orientación) del hombre? Ciertamente la muerte se encuentra en este proyecto, pero la muerte no es el fin, de acuerdo a este pensamiento, sino el indicador de un movimiento hacia nuevas formas de ser.

En nuestra sociedad neoliberal, la muerte ocupa un lugar importante en las planeaciones administrativas. La muerte se calcula en valor económico, la muerte es constitutiva del sistema porque también mata a sus integrantes, deja morir a muchos y planifica los costos correspondientes. Esta sociedad es mortífera, lo que lleva consigo un sentimiento de “*culpabilidad colectiva latente secretada por la sociedad*”¹⁵. La dimensión mortífera y tanatófila de esta sociedad es patente. Muchas son las expresiones sociales que alimentan esta tendencia. Desde el abuso de productos nocivos para la salud hasta el ecocidio, muchas de nuestras acciones se orientan hacia la muerte. La misma violencia de nuestras calles y de nuestras diversiones es otra faceta de esta misma necrofilia.

Observamos así la contradicción que vive nuestra cultura. La muerte calculada para que no afecte negativamente el proceso comercial, la muerte temida y ocultada en las familias marcadas por el mal llamado progreso económico y la superficialidad de sus vidas. Es el lugar para citar de nuevo la eutanasia como un proceso que al ser legalizado puede abrir la puerta a trágicos abusos.

La muerte como incógnita en nuestra visión del mundo porque para acercarse a

15 Thomas, Louis-Vincent. “Mort et pouvoir”, p.46.

ella se requiere de una dimensión espiritual perdida en la mayor parte de la población más atendida a los beneficios económicos y a los placeres inmediatos que al profundo encuentro consigo mismo, fuente de los mayores gozos y camino hacia la felicidad anhelada.

La eutanasia

En este espacio no se trata de analizar la eutanasia en sus diversas formas sino sólo del encuentro con la muerte provocado. Para tal, la definición adoptada es la que rige en las leyes neerlandesas: *“Una terminación deliberada de la vida de un individuo realizada por otra persona, a petición de este individuo. O, en la práctica médica, la terminación activa y deliberada de la vida de un paciente, a petición de este paciente, por un doctor”*.¹⁶

La primera pregunta es la de saber quién puede imponerse a otros para decidir qué es una vida buena y una muerte buena. ¿Quién podría decir el por qué de esta decisión? Después de lo que analizamos, observamos que tal planteamiento se está haciendo muy difícil. En la misma dirección y dada la pluralidad cultural o religiosa que

vivimos hoy, ya no será fácil aplicar los criterios de la tradición judeocristiana cuando nos rodean personas del mundo islámico, hindú o budista cuya herencia cultural da una visión del mundo, de la vida y de la muerte diferente de la que nos hemos forjado.

La ética médica corriente acepta consensualmente la eutanasia pasiva voluntaria. El concepto *“pasivo”* es discutible y merecería ser tratado separadamente. Esta aceptación descansa sobre la legitimidad de dejar que el proceso de muerte siga su curso *“naturalmente”*, siempre que el paciente lo haya querido así. Muchos no aceptan esta forma de muerte como una eutanasia, es decir una buena muerte sino que prefieren la prolongación de su vida ayudada por los servicios médicos.

“Cuando una persona consciente pide la muerte, esta acción nos muestra presencia de algo que lo hace sentir que lo vemos como un animal sin voz”.¹⁷

16 Comisión gubernamental Holandesa sobre la eutanasia (1985). La solicitud debe ser voluntaria por parte del paciente; la solicitud debe ser considerada con cuidado por el médico y que el paciente sufra dolores insoportables; el médico consultará a un colega que deberá estar de acuerdo en la decisión por tomarse. Se considera además que la petición del enfermo debe ser repetida en varias ocasiones. En www.netlink.co.uk/users/vess/dutch.html

17 León R. Kass, “Death with dignity and sanctity of life” en Jonathan Moreno, Op. Cit., p. 233.

Ciertamente existe un principio médico que dice que no se puede hacer daño (nil nocere) ni provocar la muerte. Pero tampoco podemos utilizar los conocimientos médicos para prolongar la muerte y negarnos a aplicarlos con puritanismo para suprimir o reducir el dolor.

Ante el encuentro consigo mismo y con la propia vida que es el acto de morir, *“culminación de la vida (...) Más que como un proceso traumático triste, la muerte debe enfrentarse como el cumplimiento natural de un ciclo”*, debe considerarse también la mejora sustancial de los servicios médicos para una mejor atención a la fase final de la vida para permitir la vivencia de este acontecimiento esencial. Es reconocido el hecho de que la práctica médica confía demasiado en la tecnología y así despersonalizada y poco atento al dolor y al sufrimiento de los enfermos. El recurso a cualquier tratamiento simplemente porque lo tenemos a la mano no puede ser un imperativo aún cuando la técnica se imponga así en otras áreas de nuestra vida. “Ningún tratamiento con antibióticos se justifica si solamente prolonga el proceso de la muerte y el sufrimiento del paciente sin elevar la calidad de la vida”. Por eso afirmamos: “Reconozcamos que la muerte es una parte de la vida y debe ser la ocasión para los familiares de expresar conjuntamente su amor. En la búsqueda sin cesar de una curación que no existe, no podemos robar a los pacientes este tiempo precioso”.

Se ha hablado también de la agatanasia o *“mejor muerte”* que se apoya en el acto de doble efecto. Un primer efecto del tratamiento aplicado es por ejemplo la disminución del dolor que es bueno; el segundo efecto es la disminución del tiempo de vida. Moralmente puede aceptarse ya que la teoría ética del acto de doble efecto es admitida siempre que el primer efecto sea bueno y que el segundo sea proporcionalmente menos malo que el que seguiría otra acción. El caso de los dolores que rebasan la capacidad del enfermo es una razón suficiente para acelerar la muerte, como segundo efecto de la aplicación de los analgésicos potentes.

Existe una situación que debe ser analizada con mayor cuidado. El enfermo puede sentirse a sí mismo molesto para los familiares y las personas que lo acompañan. Puede considerar que los gastos que se están haciendo para su cuidado son

demasiado elevados. Estas dos consideraciones pueden llevar al enfermo a tomar una actitud de resignación ante la muerte y así evitar ser una carga social o familiar. En este caso no se recurre a los tratamientos costosos y sólo se ayuda al enfermo para que en la comodidad de los analgésicos pueda esperar la muerte acompañado por sus familiares y amigos. La manera de verse en condición que incomoda refleja el sentido altruista de quien así piense, pero también deben considerarse la otra faceta que podría ser el crear en el enfermo, por parte de los vivos que lo rodean, un complejo de culpa que no fomentaría el derecho a morir sino el deber de morir. Esta segunda posición es excesivamente cruel y debe eliminarse completamente de los modos de acercarse a los enfermos finales.

Anexo I

El informe Remmelink

Como se sabe Holanda es el único país que ha legalizado la eutanasia (un Estado de los Estados Unidos (Oregon) y una región de Australia están en las mismas condiciones).

El gran argumento esgrimido por los defensores de la eutanasia es la necesidad de mayor autonomía del paciente. Los hechos demuestran que la situación es totalmente diferente y que el resultado actual es que la práctica de la eutanasia ha dado a los médicos, no a los pacientes, cada vez mayor poder. Los motivos aportados por los médicos para producir la muerte sin el consentimiento ni el conocimiento fueron: *"baja calidad de vida"*, *"ausencia de prospecto de mejora"*, y *"la familia ya no puede ocuparse de ellos"*.

Los datos en 1990

- 1) 2 300 personas murieron en ese año como resultado de la acción directa del médico a petición del enfermo (eutanasia activo voluntaria).
- 2) 400 personas murieron como resultado de la información dada el médico para ayudarles a matarse ellos mismos (suicidio asistido por el médico).

3) 1040 personas (un promedio de tres por día) murieron de eutanasia involuntaria, es decir, que los médicos mataron activamente a estos pacientes sin que el paciente lo supiera o hubiera dado su consentimiento.

- 14% de estos pacientes eran plenamente competentes
- 72% nunca habían dado una indicación de que quisieran terminar sus vidas.
- en 8% de los casos, los médicos efectuaron la eutanasia involuntaria a pesar de creer ellos mismos que existía alguna opción alternativa.

4) Además, 8100 pacientes murieron como resultado de la aplicación involuntaria por parte de ellos de una sobredosis de medicamentos analgésicos, no como primera intención la de controlar el dolor, sino de acelerar el proceso de muerte. En 61 % de los casos (4941 pacientes), la sobredosis se aplicó sin el consentimiento del paciente.

5) En 45% de los casos ni siquiera los familiares estuvieron informados de que sus seres queridos serían asesinados por los médicos.

Cerificados de muerte falsificados

En una gran mayoría de los casos de eutanasia en Holanda, los doctores, para evitar papeleo e investigación de la autoridad, declaraban que la muerte había sido natural.

Anexo 2

En el noveno Congreso Nacional Hemlock sobre la ayuda médica en la muerte, Mary Bennet-Hudson, un miembro de la presidencia de la Sociedad Hemlock, dio la presentación siguiente como parte de un panel de discusión con el título: *"Dígalo, no lo pregunte al médico."*

Como enfermera, formulé la pregunta: "pero ¿cómo hacer para que el médico nos escuche?". Algunas de mis sugerencias son las que siguen:

¿Se requiere valor para enfrentarse al médico y obtener su atención?

Una tira cómica que me es favorita muestra a Dorotea diciendo al León cobarde "No necesita valor, solamente necesita el entrenamiento para hacer valer sus derechos. No todos hemos nacido valientes, pero cada uno de nosotros puede aprender algunas técnicas para defender sus derechos. Por ejemplo:

- Mire al médico a los ojos.
- Hable con una voz tranquila pero firme.
- Manténgase derecho.
- Si el doctor quiere dar al paciente una medicina que el paciente no quiere, póngase entre el paciente y el médico como para proteger al paciente de un asalto.
- Si el médico quiere abandonar la habitación sin haber respondido a las preguntas que se le formularon, póngase entre el médico y la puerta.
- Digo al médico que quiere consultar a quien puede ilustrarlo, hasta a un abogado. Y ¡hágalo!
- Pida el cambio a otro médico o a otra institución.
- Amenace con demandar .
- No sea agresivo.
- Cuando habla con el médico acerca de la ayuda médica para morir, dígle que quiere respetarle al incluir lo que se requiere para una buena muerte en las metas de su atención.
- Dígle que el proveer una buena muerte es el último paso en la atención continua dada por un doctor compasivo.

Bibliografía

Arendt, Hannah

"Sobre la violencia"

México, Joaquín Mortiz, 1970, 95 p.

Fromm, Eric

"Ética y psicoanálisis"

México, F.C.E., 1953, 278 p.

Juárez, América

"Preparar un final feliz"

en Reforma, 6.4.98, p.2C.

Kass, León T

"Death with dignity and sanctity of life"

en Reforma, 6.4.98, p.2c.

McCormick, Richard

"Physician Assisted Suicide; Flight from Compassion"

pp. 133-139 en Jonathan Moreno, Op.Cit.

Marcel, Gabriel

"Entretiens Paul Ricoeur-Gabriel Marcel"

Paris, Aubier-Montaigne, 1968, 130 p.

Marcel, Gabriel

"En busca de la verdad y de la justicia"

Barcelona, Herder 1967, 166 p.

Misbin, Robert I.

"Physician's Aid in Dying"

en Jonatan Moreno, Op. Cit., 123-132

Mounier, Emmanuel

"Les équivoques du pacifisme"

en Esprit, febrero de 1949(2), pp. 1 81-196

Sartre, Jean Paul

"Las palabras"

Buenos Aires, Losado, 1977, 12a, 159 p.

Scheler, Max

"El puesto del hombre en el cosmos"

Buenos Aires, Betiles, 1979, 92 p.

Thomas, Louis-Vincent

"Mort et pouvoir"

Paris, Poyot, 1978, 212 p.

Troisfontaines, Roger

"Je ne meurs pas"

Paris, Universitaires, 1960, 249 p.

Reflexiones Universitarias

Publicación trimestral con temas de actualidad dirigida al personal docente, con el fin de favorecer la comunicación, la expansión y el diálogo dentro del marco de nuestra filosofía educativa.

Director

Lic. Irma Rodríguez Vega

Consejo Editorial

Rectoría ULSA